


Diarios de un fumador

SIMON GRAY

Traducción de Álex Gibert

gatopardo ediciones 

Título original: *The Smoking Diaries*

© Simon Gray, 2004

Edición original en inglés de Granta Books, 2004

Edición española publicada de acuerdo con
Casanovas & Lynch Literary Agency

© de la traducción: Álex Gibert, 2024

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2024

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: enero, 2024

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Nicholas Garland

Imágenes del autor: © Victoria Gray

ISBN: 978-84-129125-3-1

Depósito legal: B-22875-2024

Impresión: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

El editor está a disposición de los titulares de derechos
de autor con los que no haya podido ponerse en contacto.

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



© Victoria Gray

Simon Gray, Londres, 2002.

A Dena

PRIMERA PARTE

FELIZ CUMPLEAÑOS, CARIÑO

Así que aquí estoy, transcurridas las dos primeras horas de mi sexagésimo sexto año. A partir de mañana tengo derecho a varias prestaciones, o eso tengo entendido: una pensión estatal de tantas libras a la semana, viajes gratuitos en transporte público, tarifas reducidas en los ferrocarriles. Supongo que también tengo derecho a otras prestaciones secundarias: a una atención respetuosa cuando hablo, al auxilio infalible cuando tropiezo o me tambaleo, a la vista gorda de mis semejantes cada vez que hago todo eso que de un tiempo a esta parte acostumbro a hacer con más frecuencia, aunque me esfuerzo por mantener en secreto: eructar, tirarme pedos, babear y resoplar. A partir de ahora podré hacer todas esas cosas abierta y públicamente, en un espíritu de mutua comprensión. Así soy yo, a mis sesenta y cinco años y un día. Así es él, a sus sesenta y cinco años y un día: una fuente de pedos, eructos, babas y qué más decíamos, pedos, eructos, babas, ah, sí, y resoplidos. Pero como fumo algo así como sesenta y cinco cigarrillos diarios es probable que la gente siga soltándome su inevitable: «Bueno, si insistes en despacharte tres paquetes diarios, etc.», a lo que yo responderé, como siempre... La verdad es que ahora mismo no recuerdo qué respondo, y cómo iba a recordarlo, cuando dudo mucho que a nadie,

ni siquiera a mis médicos, se le ocurriera nunca decir nada parecido a ese «Bueno, si insistes, etc.». En realidad, me limito a referir una conversación que mantengo conmigo mismo muy a menudo, cada vez que me veo resoplando al subir las escaleras y también al bajarlas, o mientras me repongo de los mareos tras ponerme los calcetines o atarme los cordones de los zapatos, dos maniobras perfectamente diferenciadas. No, más bien cuatro maniobras, separadas por intervalos más largos que las propias maniobras. Naturalmente, como la mayoría de personas de sesenta y cinco años y un día, solo me percató de mi edad, del insólito número de años que llevo cumplidos, por medio de estos síntomas físicos; en mi fuero interno, el niño, de unos ocho años de edad, sigue haciendo de las suyas. Mejor me iría si fuera a la inversa, si poseyera los apetitos, la resistencia física y el encanto de un niño sano de ocho años, y la vida interior de un hombre de sesenta y cinco años y un día, tal como me imagino a ese hombre con la mirada de un niño de ocho años: un hombre de mundo, sereno, caritativo y rebosante de tolerancia y de clemencia. Sí, ese es el quid del asunto: necesito estar en contacto con el adulto que llevo dentro, ese adulto que siempre me ha rehuido salvo como idea. Pero lo cierto es que soy más desagradable que..., que a los sesenta y cuatro años, sin ir más lejos, y era ya entonces más desagradable que a los sesenta y dos, y así sucesivamente, perdiendo capacidad de desagrado a medida que me remonto en el pasado, hasta llegar a una edad en que era pre-desagradable, de forma consciente al menos, cuando la única vergüenza que conocía era la de que me pillaran *in fraganti*, que era por la época en que tenía..., bueno, supongo que unos ocho años.

¿Qué día es? Estamos a viernes, falta una semana para la Navidad, van a dar las doce de la noche y esto es lo que ha sucedido esta tarde: mientras Victoria y yo nos preparábamos distraídamente para ir a cenar al Chez Moi, que queda justo enfrente de casa, llamaron a la puerta. Nos quedamos los dos paralizados, ella en su estudio y yo en el mío, esperando que el timbre volviera a sonar o se marchara quien lo había pulsado (desde que nos atracaron en la acera de casa, tenemos por norma no abrir nunca la puerta de noche, a menos que sepamos con certeza quién anda ahí). El timbre no volvió a sonar. «¿Se te ocurre quién puede haber sido?», bramé con mi ronquera habitual (la descripción es bastante acertada: a un volumen normal tengo la voz grave y quebrada, resultado de cincuenta y siete años de tabaquismo, pero cuando la alzo se vuelve ronca). «¿Has visto algo?» A veces Victoria se asoma a la ventana del dormitorio cuando suena el timbre. No, dijo, había visto una silueta en el cristal esmerilado de la puerta principal, nada más; ni siquiera podía aventurar si era un hombre o una mujer, había sido solo un vistazo desde lo alto de la escalera. «Ya —dije—, ¿alguna idea? ¿Has oído pasos? ¿No sería un policía?» Les tengo pavor a los policías que llaman a la puerta, a esos portadores de malas noticias, es un resabio de los años en que mis hijos pasaban por esa fase: el primer coche de Lucy, la tendencia de Ben a perderse en lugares desprotegidos, desprotegidos del propio Ben, en algún caso. Sí, puede que fuera un policía, dijo Victoria, pero claro que podría haber sido cualquiera, porque ella no había oído nada. Al instante me persuadí de que yo sí había oído algo, unos pasos lentos y deliberados, un andar pesado, el andar de un policía, aunque ahora que lo pienso,

tendría que haber sido un policía de otra época, un policía de *Dixon of Dock Green*, si no el propio Dixon, los policías de hoy en día no pisan tan fuerte, para empezar ya no llevan las botas reglamentarias de antaño, ahora calzan unos zapatitos ligeros y elegantes con los que a buen seguro corretean livianos en parejas o en tríos o incluso en tropeles de cuatro o cinco tras los pasos de alguna estrella del pop cuyos hábitos de navegación en la red han levantado sospechas... Vamos, que si lo hubiera pensado mejor, habría concluido que aquellas pisadas fuertes que me habían pasado inadvertidas no podían ser de un policía, pero no lo hice, y daba ya por sentado que había sido en efecto un policía quien había llamado a la puerta —llegué de hecho a visualizarlo allí con su casco negro, su casaca, sus pantalones azules y sus enormes botas— cuando cruzamos la calle hacia el Chez Moi y, solo entrar, nos encontramos con los Pinter. Allí estaban Harold y Antonia, en la segunda sala, sentados a una mesa frente a la puerta.

—He llamado al timbre de vuestra casa hace un momento para ver si queríais uniros —dijo Antonia—. Sabía que estabais porque he visto a alguien a través del cristal, en lo alto de la escalera.

Le recordamos nuestra política de no abrir la puerta a menos que sepamos quién anda ahí, omitiendo por supuesto que yo había confundido sus pasos, que no había oído, con los de un policía de otra época. Aun así, me pareció inusual, por no decir insólito, que Antonia hubiera llamado a nuestra puerta, y había también algo anómalo en la actitud de Harold, tan contenido y tan tierno en sus saludos...

—El caso —comentó cuando apenas nos habíamos sentado—, vale más que os lo diga sin rodeos, es que acabo de enterarme, hoy mismo de hecho, de que tengo cáncer.

El mundo se puso inmediatamente patas arriba y empezó a dar vueltas. Durante todos estos años, el orden natural de las cosas siempre ha sido que soy yo quien se pone enfermo y coquetea de vez en cuando con la muerte, y él quien presume de una salud de hierro, que parece cada vez más de hierro con el paso del tiempo. Además, una condición tácita pero innegociable de nuestra relación, tal como la concibo, es la de que él siga en este barrio cuando yo me vaya al otro, igual que andaba ya por aquí cuando yo llegué.

Harold nos explicó las fases del tratamiento que le esperaba: comenzaría dos días después de Navidad, tendría entonces una pausa de tres semanas durante las cuales los venenos se ocuparían de combatir el cáncer, y luego otra jornada intensiva de tratamiento seguida de otras tres semanas de pausa. Para entonces, comentó con absoluta sobriedad, serían visibles ciertos cambios físicos: podían alterarse sus facciones, podía quedarse calvo...

—En fin, tú ya conoces los trámites —me dijo—, después de lo de Ian. ¿Cómo está, por cierto?

—No muy bien —repuse, y le transmití la información que acababa de darme el propio Ian la víspera, precisamente en el Chez Moi, en una mesa vecina a la que ocupábamos ahora. Traté de ser conciso e impersonal y me mordí la lengua para no decirle que «su caso es muy distinto, él está mucho peor», lo cual es cierto, hasta donde yo sé, porque el cáncer de Harold está localizado en el esófago, mientras que el de Ian está por todas partes, en el hígado, los pulmones y, a estas alturas, probablemente en el sistema linfático, pero pensé que a Harold no le gustaría que le ofrecieran consuelo recalcando la gravedad de otro amigo en apuros... ¡La gravedad de otro amigo en apuros! Dios, menuda frasecita. No la había usado en la vida, ¿de

dónde habrá salido? ¡Qué gravedad ni qué apuros cuando lo que quiero decir es que se está muriendo!

¿Cómo se las apañará Harold?

Bien, creo. Lo afrontará con entereza y resolución. Con agallas. Agallas no le faltan, por suerte.

DE VACACIONES

He hablado un rato con Rollocks: de la luna, que estaba bastante llena, o en cuarto menguante, según el temperamento del observador; de críquet, del trágico declive del críquet de las Antillas; y de la opinión que nos merece esta era de la informática en la que estamos inmersos. Calculo que Rollocks tendrá cinco años menos que yo, pero es mayor en términos de dignidad, porte y elocuencia. Me acaba de servir una Coca-Cola *light* especialmente helada. El bar está vacío salvo por Rollocks, que nunca atiende a ningún otro cliente, por lo que he podido comprobar. Su turno empieza a las once de la noche y termina a las siete de la mañana; se pasa ahí toda la noche al servicio de una clientela que suele estar en la cama cuando él llega al bar y a punto de levantarse cuando se va. No es que la clientela se componga íntegramente de ancianos, hay huéspedes mucho más jóvenes que yo, es solo que aquí parecen adquirir los hábitos de la tercera edad, les da por madrugar y acostarse muy temprano. No creo que reparen siquiera en que los demás veraneantes hacen lo mismo que ellos, o de que ellos hacen lo mismo que los demás, pero a menudo, cuando paseo por el recinto a media noche, encuentro todas las luces de los apartamentos y los bungalós apagadas, y el hotel se me antoja un nido gigantesco, bullendo de somnolencia. Y luego estamos Rollocks y yo, en el bar, donde

también seguimos nuestras pautas: charlamos un poco, él me trae la Coca-Cola *light* y yo me pongo a escribir. Anoche le escribí una carta a Harold. No recuerdo exactamente qué le decía, sé que le hablé de Rollocks y me extendí un poco sobre el hotel, el clima y los mosquitos, algo falto de naturalidad, porque lo que quería era abrirme paso al asunto central, que es su estado de salud: le pregunté cómo iba el tratamiento, si conservaba el apetito, si le había bajado la fiebre y demás, y le conté cómo me sentía yo cuando una enfermedad me dejó a las puertas de la muerte hace cinco años, que me resultaba intolerable la compañía de otras personas, me parecían llegadas de otro país, o más bien era como si el exiliado fuera yo y la gente viniera a hacerme breves y atribuladas visitas antes de volver a su tierra, que había sido la mía, y luego me dio por refinar (o puede que enmarañar) la idea añadiendo que en realidad me sentía bajo arresto por un delito más bien triste, que en cierto sentido el exilio era o me parecía un exilio moral. No estoy seguro de que fuera un razonamiento muy apropiado. ¿De qué iba a servirle a un hombre que quizá tenga los días contados la insinuación de que podría estar cometiendo algún tipo de crimen contra la sociedad? En fin, la carta está enviada. Sé que la eché al buzón, me pregunto por qué habré comenzado a buscarla de pronto, llegando al extremo de alzar mi sombrero como si fuera a encontrar debajo una carta que sé que he echado al buzón. Y si a eso vamos, ¿qué hago yo aquí con el sombrero? Es un sombrero de paja, lo llevo para protegerme del sol, y aunque esté ahora al fresco, son las dos de la mañana y no hace sol, solo hay una luna en cuarto menguante, como creo que ya he...

Restablecida la calma, tras una pequeña pausa para encenderme un pitillo y darle un sorbo a la Coca-Cola *light*. Me

he puesto el sombrero: era de Ian, lo usaba para ocultar los efectos de la quimioterapia y me lo legó a mí. Bueno, no exactamente, fui yo quien lo reclamé unos días después de su muerte, cuando me dijeron que le habría gustado dejarme algo. Puede que se refiriera a algún libro de su biblioteca, pero de inmediato les pedí el sombrero, sobre el que ejerzo una vigilancia exagerada: lo agarro con fuerza al menor soplo de viento, me entra el miedo de olvidármelo cuando me lo saco en la playa y hasta me lo pongo de noche en el bar. Voy a tener que superarlo, tarde o temprano lo perderé, los sombreros de paja siempre acaban por independizarse de sus dueños, está en su naturaleza, sería mucho mejor aceptar su pérdida de antemano y adoptar hacia él una actitud más descuidada y sensata. Al fin y al cabo, siempre puedo comprarme otro. La cosa es que Ian... No, no puedo recordar a Ian, no ahora mismo, sus expresiones, su voz, etc., todo lo que puedo recordar es su ataúd mientras lo transportaban por el pasillo y lo metían en el coche fúnebre. Ian era bastante alto, tan alto como yo, parecía que el ataúd le iba un poco pequeño. Claro que eso suele pasar con los ataúdes, esos milagros del embalaje, que pueden contener un cuerpo con todos sus nudos y articulaciones. Bueno, ahora llevo puesto su sombrero. Trataré de conservarlo.

BUENOS DÍAS

Esta mañana he tenido que levantarme a las 6.30 para descargar la vejiga. De regreso a la cama me he asomado a la terraza a echar un vistazo al amanecer, que no parecía estar por la labor: la luz era gris y los pálidos árboles y arbustos se agitaban importunados por el viento, la única señal de